



"NO HAY CONSUELO"

*Una visita de invierno al reconocido autor bosnio-croata Miljenko Jergovic**

FRAUKE MEYER-GOSAU
TRADUCIDO DEL ALEMÁN POR
JOSÉ ANTONIO SALINAS

* El texto fue publicado en la revista alemana *Literaturen* núm. 2, 2010.

“Zagreb es una ciudad que se reaviva con el sol, mostrando así su lado más bello”, pregona la guía turística; a principios de enero esto es, por naturaleza, distinto. Sin embargo, en todas las estaciones del año Zagreb es una ciudad muy viva llena de parques y áreas verdes, con edificios imperiales que hacen pensar en un reino desaparecido de extensión considerable —parece un poco una Liubliana agrandada y dilatada, y una Viena empequeñecida y apretada: un resto de Imperio Austrohúngaro. Las mujeres llevan puestos abrigos de piel, evidentemente de buena calidad, y con frecuencia de considerable perímetro; el resto lleva puesto todo lo que hoy en día se lleva en cualquier otra capital europea; las tiendas correspondientes se yuxtaponen en la zona peatonal como en cualquier otra parte.

Y sin embargo todavía, veinte años después del desmoronamiento de la Yugoslavia socialista de Tito, se presenta aquí un fenómeno que anteriormente podía considerarse como característico de esta zona del mundo: el Día Yugo. Éste inicia muy temprano, a las seis de la mañana, con un aire acondicionado que arranca traqueteando y que tampoco se puede silenciar presionando enérgicamente el botón de “Off”. Continúa bajo la ducha, la que finaliza después de unas gotas titubeantes, tan pronto se haya asegurado de que el huésped se encuentra empapado. El Día Yugo prosigue en el desayuno, donde los bordes del pan son tan gruesos como el dedo pulgar de un obrero, y las rebanadas de salami, arqueadas en las orillas, brillan con un rosa sobrenatural. El primer clímax se alcanza con la titubeante queja al portero —cuya brillante tela del uniforme también evoca tiempos sumergidos—, que ladra al huésped: “I tell the mechanic!” Terrones de nieve endurecidos se encuentran pegados a las orillas de la calle; sopla un viento frío y húmedo, y todo el hervidero de gente del centro de la ciudad no puede expulsar la impresión de un gris que todo lo oprime. A partir de ahora uno está resignado a todo y se desplaza siguiendo la buena y vieja máxima partisana: “¡Nada debe sorprendernos!” Así, cuando por la tarde en el café del “Profil Megastore” en la estrecha calle Bogoviceva incluso la grabadora, sin duda occidental, funciona disparatadamente, esto ya no provoca ningún arrebato: un Día Yugo.

“SEGÚN ESTA LÓGICA SOY UN ZAGREBÍ”

Por supuesto todo esto es verdadero y sucedió exactamente así, y por supuesto que es al mismo tiempo falso; los recuerdos habían regresado con un buen cuarto de siglo de antigüedad, y se reflejaban en el presente. Lo que sucedió antes y entre tanto (y que en Occidente sólo fue percibido en casos de extrema agudización de la crisis y la guerra: por ejemplo un intento de genocidio) lo ha retenido la literatura con más fuerza e intensidad que cualquier otro medio: Ivo Andric, Aleksandar Tisma, Miljenko Jergovic pertenecen a esa serie de autores. Que sus novelas se traten de literatura mundial, al fin y al cabo fue reconocido, en

el caso de Andric, por el comité del Premio Nobel; en cambio, Aleksandar Tisma fue reconocido tardíamente en Europa occidental. Del tercero de esta sucesión generacional, Miljenko Jergovic, nacido en 1966 en Sarajevo, el mundo lector tomó nota definitivamente después de la aparición de su segunda novela, *La casa de nogal*. Para ese entonces el autor, bosnio de lengua materna croata que huyó de su ciudad natal Sarajevo durante el asedio en 1993, vivía desde hacía mucho tiempo en Zagreb.

¿Una pérdida, por tanto, del país natal, una pérdida también de los habituales contextos culturales y espacios de resonancia de alguien que ya durante sus estudios trabajaba para la prensa y la televisión, que al mismo tiempo escribía poesía y que con su primer poemario a los 22 años fue distinguido como “mejor poeta joven” de la República de Bosnia-Herzegovina? El autor, entre tanto de 44 años de edad, aquí y allá los rizos ya se tornan blancos, se reclina en la angosta sillita del café y observa a la persona de enfrente de manera tan amable como exacta. “Aquí no soy ningún huésped”, dice y sonríe. “Y nadie de aquí de nosotros tiene sólo una identidad. Tome mi historia familiar: uno de mis bisabuelos era un suabo del Banato que era funcionario de ferrocarril en Sarajevo. Otro bisabuelo, un herrero, provenía de Eslovenia y encontró empleo en los trabajos metalúrgicos de la catedral de Sarajevo. El tercero provenía de Croacia y trabajaba en Correos

en Sarajevo; el cuarto llegó a Bosnia desde Hungría. Pero todos ellos” —una mirada veloz, pícaro— “no se hubieran conocido si el emperador austriaco Franz Joseph I no hubiera sentido una necesidad imperial y ocupado Bosnia-Herzegovina con su ejército. Eso es importante”, añade Miljenko Jergovic, nuevamente con seriedad: “De este modo, según esta lógica, yo también soy un zagrebí”.

FORASTERO DESDE EL INTERIOR

Al protagonista de su más reciente novela, *Freelander*, le sucede algo muy parecido. Karlo Adum también es originario de Sarajevo. Cuando niño, el futuro maestro de historia llega a Zagreb con su madre, la “Mama Cica” que mimosamente hizo uso de su belleza bajo todos los regímenes desde 1941 (fascistas italianos, oficiales del Imperio nazi, después los socialistas del titoísmo). Mucho más delante el lector se percata de que la causa del abrupto cambio de patria no se debía a la madre programada en sacar el máximo beneficio a través del empleo deliberado de su cuerpo, sino a su hijo, que frecuentemente se encontraba asombrado ante el mundo y sus vicisitudes.

Gracias a que el croata es su lengua materna, Karlo no se siente extraño en la cultura zagrebí. Sin embargo, todo lo que le sucede desde su infancia permanece en el exterior: que el padre, a quien un tío le mocha el pulgar, rasgue las paredes rabiando de dolor y al final muera medio loco; que la elegante madre le confeccione a su pequeño hijo un uniforme fascista negro con el cual él desfila orgullosamente sobre el piso de madera, mientras que Cica se acerca a los oficiales forasteros no sólo en calidad de modista; que después se le haya malogrado una carrera en el partido, en la universidad y en el extranjero; finalmente también, que su esposa Ivanka muera miserablemente a causa de un tumor cerebral. Karlo ve todo esto pero no lo comprende. Él es un forastero desde el interior, le falta la llave para el mundo en el que vive. Tanto mayor es por eso su ira hacia casi todo lo que le rodea: hacia todo lo que, por la razón que fuere, le sucede a él y a su país.

De todo ello, el lector de *Freelander* llega a ver y escuchar considerablemente. Acompaña a Karlo Adum en un viaje de retorno hacia su propia historia, que al mismo tiempo es un viaje a la historia del antiguo Estado plurinacional. En septiembre de 2006, “el

profesor” se monta en su Volvo naranja, de treinta años de antigüedad, para recoger en Sarajevo la herencia de aquel tío que anteriormente le había cortado el pulgar a su padre. Con una mirada dilatada por el espanto, lleno de aborrecimiento y provisto de una pistola por si acaso, Adum atraviesa la vieja Yugoslavia como el presente —“uno veía edificios grises y sucios de varios pisos, ruinas de las que crecían árboles, una sucia y desordenada calle ribereña con faroles corroídos y lámparas destrozadas que evidentemente habían sido colocadas en tiempos del socialismo. Pues eso era Bosnia”. Adum cruza una frontera tras otra, va de un horror cotidiano al siguiente. Y al final, refugiado en Sarajevo en el amenazador motel Mauretaniya, en el estacionamiento desvalijan no sólo el viejo y elegante Volvo, también pillan al mismo Adum. Con su último aliento, deja caer su pistola por las empinadas escaleras; con ello pretende advertir que ahí yace un hombre al borde de la muerte. Pero nadie lo escucha.

INDIVIDUOS DESTROZADOS EN UN TODO DESTRUIDO

Freelander es una novela sobre el tiempo que transcurre, un libro sobre el miedo y la ira desenfadada, pero finalmente y sobre todo, sobre la aflicción —un libro literario de historia que, con la mirada vuelta hacia atrás, cuenta también sobre los vínculos perdidos, individuales y sociales, con el presente. Karlo Adum espera indemnización de una vida para él desaprovechada; con el dinero de la herencia de su tío desea comprarse un nuevo coche y marcharse a un tiempo de pensionista despreocupado. Sin embargo, debido a que este protagonista es un idiota cargado de furia, una bomba de tiempo en dos piernas bien vestida y que se expresa con educación, su mirada capta inevitablemente el pasado y el presente como una obra grotesca furiosa. Cuando el personaje, carente de palabras, examina lo que le resulta incomprensible —y finalmente no hay nada que no fuese incomprensible para Karlo Adum—, surge de ahí una comicidad brutal y vociferante.

Miljenko Jergovic ejerce su poder para dirigirla. Pues realmente es una virtuosa muestra de habilidad realizar este *tour d'histoire* con un “Ekel Alfred”^{1*}

^{1*} N. del trad: Es un antipático personaje (burgués, reaccionario, chauvinista, misógino) de una serie de televisión alemana de los años setenta. “Ekel” significa “repugnancia”, “asco”.

bosnio-croata, observar el mundo y su historia con ánimo arisco a través de la óptica distorsionada de Adum —y al hacerlo no expulsar de su corazón ni al monstruo ni a su realidad. La aflicción sobre la miseria de los Estados antiguamente unidos mediante poder político, entretanto separados, comprende siempre la compasión hacia el individuo desconcertado furioso: la historia de Karlo Adum es al fin y al cabo también la tragedia de todos, así como su desamparo e ira.

¿Pero son éstas también las del autor de la furiosa *roadmovie*? “Después de que mi madre leyó el libro”, dice Jergovic, “por primera vez se preocupó por mí. ‘¿Qué pasa con tu vida?’, preguntó ella. Eso me hizo pensar. Es decir, yo no hubiera creído que fuera así de palpable a través de la lectura, que este libro fuera impulsado por tanta ira y aflicción.” Su fundamento es el espanto ante lo que a un individuo durante una larga vida en esta parte del mundo le pueda haber sucedido, sin que él hubiera sido personalmente afectado por expoliación, persecución u homicidio. “No hay consuelo”, dice Jergovic, y trae a la memoria los últimos filmes de los antes llamados “países del Bloque Oriental”. Las devastaciones externas también prosiguen en el interior profundo del individuo —pero Jergovic ve tales fenómenos ya presentes décadas atrás, por ejemplo en *Doctor Faustus* de Thomas Mann: “El todo está destruido, y en él el individuo”.

“ESE SERÍA EL SUICIDIO CULTURAL DE EUROPA”

Quien se sienta frente al autor en esta tarde tempranamente oscurecida en el café de Zagreb, no tiene sin embargo ante sí ni a un hombre furibundo ni resignado o posiblemente cínico. Se percibe más bien una apacibilidad combativa, un apacible espíritu combativo de raíz —la impresión no se puede comprender más que como paradoja. Su móvil: la sensibilidad. Su consecuencia: la decisión. En un mundo marcado por una destrucción tanto interna como externa, en donde la historia de los Balcanes es sólo una tragedia entre muchas otras, sólo el sensible, que se confronta a sus propias experiencias dolorosas e investiga sus fuentes, puede por lo menos hacer frente a sí mismo —tan mal como fuese, éste es también el propósito de Karlo Adum, que tiembla de ira ante la aflicción y el desvalimiento. Miljenko Jergovic mismo, a diferencia de su protagonista, no se arredra ante las consecuencias de sus penetrantes

preguntas. Y las formula en público, en su doble existencia de periodista y escritor. Inevitablemente, con su impasibilidad atrae hacia sí mismo el ladrido furioso de aquellos que han hecho con la historia y el presente su falsa paz. Pero también recibe la simpatía de aquellos que reconocen su propio desasosiego en los pensamientos, análisis y reivindicaciones de Jergovic.

En 1994, un año después de su llegada a Zagreb, el autor recibió el Premio Nacional croata por su primer libro de cuentos *Sarajevo Marlboro*. Pero apenas dos años después, con motivo de su novela *Ruta Tannenbaum*, cayó sobre él el odio concentrado de aquellos que no querían oír nada del esclarecimiento literario sobre el antisemitismo croata. Cuando ese mismo año defendió el Islam como una de las religiones balcánicas nativas, fue nuevamente blanco de ataques; incluso contra él arremetió en público un ex vicepresidente del club PEN de Croacia.

“Cuando me dieron el Premio Nacional poco después de mi llegada”, dice Jergovic ahora con una sonrisa irónica, “no se sabía lo desagradecido que soy. Yo no deseaba ser aquí ningún huésped, y tampoco tenía planeado cambiar mi temperamento. Yo quería expresarme acerca de todo lo que me pareciera importante, así como lo había hecho exactamente en Sarajevo. Comprendo la irritación que eso ocasionó. Pero en el caso de *Ruta Tannenbaum* sí que me sorprendí. Ahí atacué el mito del compromiso de los croatas hacia los judíos —aquí los judíos, a diferencia de en otros Estados que colaboraron, no fueron enviados a campos de concentración del extranjero, sino a campos de concentración croatas. Hasta hoy en día eso es algo vivo— como conocimiento negado.”

Y a pesar de esa vehemente discusión sobre la memoria colectiva, en la que Jergovic tomó partido por los perseguidos, tan sólo poco tiempo después fue culpado de antisemitismo. ¿Cómo pudo suceder eso? “Mi ciudad natal Sarajevo”, dice él, “es la ciudad de las 100 mezquitas, esa es una parte de mi identidad. Pocos días después del 11 de septiembre escribí un artículo publicado bajo el título ‘¿Puede el hombre ser musulmán?’; las reacciones se dividieron entre ira y aprobación. También eso me frustró. Los problemas que tenemos con los musulmanes no son de naturaleza balcánica o croata. Son problemas que afectan al núcleo de la identidad europea: no vivimos junto con los musulmanes desde ayer, ¡sino ya desde el siglo XVII!

Cuando ahora se alimenta el miedo al islam, me siento más que preocupado. No habrá un nuevo holocausto, pero si Europa traiciona en este punto una parte esencial de su identidad cultural, el antiislamismo puede asumir formas del todo comparables al antisemitismo. Ese sería el suicidio cultural de Europa.”

AQUÍ ESTÁ EL PRESENTE

En todas estas disputas, a los colegas de Jergovic les pareció innecesario ponerse del lado del intelectual impertérrito. A consecuencia de ello, en el año 2007 abandonó su gremio. ¿De dónde esa abstinencia de los autores hacia temas que conciernen a la manera en que su país se ve a sí mismo? Un aire glacial entra por la ventana; el tiempo acordado de la conversación se ha sobrepasado ampliamente. Miljenko Jergovic se ha puesto su chaqueta y su bufanda palestina alrededor del cuello. “Muchos escritores”, dice con un irónico parpadeo, “ven la literatura como una especie de mundial de fútbol: los colegas son rivales a los que deben derrotar; no hay ninguna solidaridad profesional. En cambio, yo soy en primer lugar lector. Y por tanto sería muy infeliz si todos los otros libros fueran peores que los míos.”

No obstante, es alta la probabilidad de que una gran parte de las novedades editoriales también se queden detrás de su nueva novela. *Freelander* —así llamada conforme a la contraseña optimista de la cuenta suiza que Karlo Adum había deseado heredar— va demasiado al fondo de la sustancia de la propia historia caótica y desesperada. Y demasiado enormes son el ímpetu literario, fantasía y regocijo de escribir del autor, como para no alcanzar con todos los sentidos también a los lectores del mundo entero: Miljenko Jergovic, un escritor europeo de rango mundial.

Desde hace tiempo se ha ido de la mesa y desaparecido al fondo del grande almacén de medios. Quienes se quedaron a la mesa se pasaron un tiempo charlando sin darse cuenta de que el poeta mientras tanto había pagado su cuenta. Que ella también forma parte de los fans de Jergovic, lo reconoce finalmente la traductora, y admite asimismo la alegría que siente de haber tenido la oportunidad de conocerlo personalmente. ¿Qué habría de decir aquella que muy temprano por la mañana rabiaba ante la ducha averiada? Las dimensiones vuelven a su lugar: aquí es el presente

